

II CONCURSO
INTERNACIONAL DE RELATOS
BREVES
ENCUENTROS EN LA
TERCERA FRASE

Primera edición, 2015

© Letras Inquietas, 2015

© Triskel Ediciones, 2015

TODOS LOS DERECHOS RESERVADOS

ALL RIGHTS RESERVED

978-84-944712-2-3



TRISKEL EDICIONES

C/ Rayo de Luna, 5, 3ºB

41009, Sevilla, España

triskelediciones@triskelediciones.es

www.triskelediciones.es

Diseño cubierta: Triskel Ediciones S.C.

EDITADO EN ESPAÑA

PUBLISHED IN SPAIN

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier media, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor.

Prólogo

Este volumen que tiene el lector ante sus ojos es el fruto del esfuerzo, la ilusión y la pasión que ha unido a autores, editores y promotores culturales avanzando un pequeño paso en el mundo de las letras.

El concurso internacional de relato breve *Encuentros en la tercera frase* nace en el año 2014 en el seno del proyecto cultural **Letras Inquietas**, y como resultado de una apuesta arriesgada por unos géneros siempre considerados injustamente menores, como la fantasía, el terror o la ciencia ficción. Pero también arriesgada por nacer en forma de concurso literario en un escenario en el que en no pocas ocasiones se considera que ya hay demasiados concursos, de los que además, en muchos casos no se tiene muy buena opinión o sobre los que recaen sospechas y o directamente descalificaciones por su carácter puramente comercial.

Más allá de qué se respire en ese escenario masificado de concursos, este de **Encuentros en la tercera frase** se centra exclusivamente en criterios de calidad para la selección de los finalistas y la elección del ganador. Su jurado, no permanente, está formado por personas relacionadas estrechamente con la literatura en todos sus frentes, entre los que cuenta con escritores, editores, críticos, asesores literarios, docentes, promotores culturales o correctores.

Este premio no tiene dotación económica porque quiere centrarse en la captación y difusión de los valores más alejados de espurios intereses comerciales.

Acaso sea el esfuerzo y los recursos dedicados por los organizadores el único elemento en este asunto que arroja un saldo económico, negativo, por supuesto.

En este sentido, es justo y obligado reconocer el esfuerzo y los medios puestos a disposición del mejor resultado de este concurso por parte de los organizadores: **Triskel Ediciones, Escuela de Formación de Escritores y Letras Inquietas**.

Nuestro más profundo reconocimiento y agradecimiento para los autores que tan buena acogida y respuesta han dado a esta convocatoria en las dos ediciones celebradas hasta el momento y que compensa con creces cualquier esfuerzo volcado en la organización de *Encuentros en la tercera frase*.

Disfrute ahora de los relatos elegidos como ganador y finalistas de esta 2ª edición del concurso.

28 de octubre de 2015

Víctor J. Sanz
Director de Letras Inquietas

Índice

- Sergio Moreno Montes: Un ojo ciego
- Silvia Gabriela Vázquez: Deshacerse por un sueño
- Javier Miró: Su última oportunidad
- Juan Pablo Goñi: La mujer del kimono azul
- Juan Ruano Rosa: Leviatán
- G.K. Martos: Tres sueños
- Elena Villar: Al otro lado de la luna
- J.G.R. Norman: Juegos de guerra
- Xuan Folguera: El Kaiju
- Pablo Loperena: La inspiración es relativa

UN OJO CIEGO

Sergio Moreno Montes

RELATO GANADOR

Sólo hay nieve, un manto blanco cubriéndolo todo. El invierno dura ya seis años, y el mundo parece congelado, inerte. Hubo un tiempo en que no habría sabido qué hacer, pero en aquel momento no tuve ninguna duda. Quería sobrevivir, luchar, aferrarme a lo poco que me quedaba por aquel entonces. A estas alturas soy demasiado consciente de que el frío me ha vuelto como él: distante, indiferente. Una persona con la que podrías cruzarte por la calle cientos de veces sin recordar su rostro. Un fantasma, bruma. La escarcha que se forma en tus ventanas. Ahora pocos me ven. Las calles se han vuelto peligrosas y me cuido mucho de abandonar mi refugio si no es por verdadera necesidad. Vivo solo. Hay más gente por ahí, supervivientes como yo. Si se empeñan en permanecer juntos no tardarán en dejar de serlo. Deberían saber que el calor los atrae, pero los muy capullos duermen juntitos todas las noches, acurrucados unos contra otros como si así pudiesen alejar el frío que lo envuelve todo. Ni siquiera los verán llegar. Me despertarán sus gritos, y para cuando el día empiece a clarear entre la niebla serán un puñado más de estatuas de hielo. Antes me preocupaba de intentar advertir a los pocos con los que me cruzaba cuando salía a por víveres, pero ya no. El tiempo es un bien demasiado escaso para perderlo con palabras que nadie cree. Ese es el puto problema: que nadie cree realmente en lo que vaga por las calles cuando el sol se esconde. Pero es el suyo, no el mío. Yo los he visto, y por suerte no necesito justificarme a mí mismo. De momento, al menos. Aún me creo cuerdo a pesar de que el mundo se ha cubierto de una blanca locura.

Seis años no son suficientes para hacerme olvidar cómo empezó todo, y eso que hago cuanto puedo para que así sea. Nadie se lo esperaba. ¿Cómo hacerlo? Llevábamos demasiado tiempo escuchando hablar del calentamiento global, demasiado para imaginar que en poco menos de un mes la Tierra estaría cubierta casi por completo de nieve. Sucedió demasiado deprisa. No hubo tiempo de organizar planes de rescate ni nada parecido, porque de pronto el hielo era todo cuanto se veía. Los países del norte lograron resistir bastante bien los primeros meses, o eso decían las pocas noticias que llegaron desde allí antes de que todas las comunicaciones quedasen silenciadas. Noruega, Finlandia, Rusia... a estas alturas deben ser una costra de hielo. Daría lo que fuera por ver una de esas fotos que la NASA solía hacerle a nuestro planeta desde el espacio. Desde allí seguro que es un espectáculo sobrecogedor. Desde aquí... bueno, los días en que no sopla el viento puedes

incluso echar una meada rápida en el exterior, si no le tienes mucho aprecio a tu polla. El frío es tan intenso que te agrieta la piel en cuestión de segundos, y apenas puedes abrir los ojos sin que después te cueste volver a cerrarlos. Quema; parece aplastarte la cabeza con unas manos enormes, como si la tuvieras metida en una prensa de diez toneladas. Pero el frío no es lo peor. Son ellos. Esas cosas que el invierno trajo consigo. O quizá ya estaban entre nosotros y tan sólo los despertó, quién sabe. Sea como sea, esos seres son los únicos que parecen poder soportar las gélidas temperaturas que asolan la ciudad. Y el hecho de que sólo salgan de sus escondrijos cuando cae la noche me hace pensar que no sólo las toleran, sino que es durante esas horas de oscuridad cuando se vuelven más activos. Es una locura, lo sé. Nada debería ser capaz de sobrevivir a las tormentas de nieve que se forman al amparo de la noche, al viento infernal que congela las estructuras de los edificios para después quebrarlas como si fuesen de papel. Pero ellos lo hacen, y yo, refugiado en las gélidas alcantarillas, sólo puedo esconderme y huir cuando creo que sus gemidos suenan demasiado cerca del colchón en el que me tumbo a esperar el amanecer. Esas son las horas en las que más echo de menos el poder abrazar a mi mujer y a mis hijos.

Tengo que salir a buscar comida. Es difícil saberlo con certeza, pero creo que llevo tres días encerrado aquí. Están ahí fuera, lo sé. Puedo escuchar sus lastimeros quejidos a través de las bocas de las alcantarillas. ¿Por qué no han huido? ¿Por qué ahora no se esconden de la luz? Tuve que apagar las brasas que mantenía en una de las salas para calentar agua y descongelar la poca carne que me queda. Están demasiado cerca; no tardarían en darse cuenta de que aquí abajo hay algo caliente, algo vivo. Sólo me quedan dos balas, aunque sé demasiado bien que no sirven de nada contra esas criaturas. Llegado el caso no dudaré en volarme la cabeza, si es que la pistola aún funciona. Prefiero mil veces eso a verme rodeado por sus largos brazos; mil veces antes de que me conviertan en una de esas estatuas de hielo que ahora pueblan la ciudad como maniqués de un azul desvaído. Las hay por miles, en las posturas más inimaginables, pero todas muestran el mismo gesto desesperado en sus rostros. Sus ojos son espejos empañados, y aunque ya no pueden ver nada, en algún lugar bajo toda la nieve que los cubre aún conservan un resquicio de esperanza; una fina grieta que parece abrirse paso como una lágrima sobre sus mejillas. No me engaño: están muertos. Al principio albergué la esperanza de que fuese un estado reversible, pero ver derretirse a lo largo de los meses a tu propia familia te hace tener otra perspectiva acerca de algunas cosas. Traté de descongelarlos. ¿Qué otra cosa podía hacer? Sus cuerpos ya formaban parte del hielo, se habían transformado en escarcha, en un bloque compacto de carne y frío. Alimenté la hoguera que encendí a sus pies durante mucho tiempo, y a lo largo de cada segundo vi desaparecer sus manos, sus rostros... mi alma. También aprendí de ese modo que el calor es como un imán para las criaturas. Cayeron sobre mí una noche mientras, sentado frente al fuego, contemplaba lo poco que quedaba de mi mujer. Si soy sincero, me cuesta recordar cómo escapé, y tampoco es que tenga mucha importancia a estas alturas. Sólo sé que tengo que encontrar comida y que ahí fuera, ahora, es de noche. La pistola se me clava en la cadera al andar; a mi linterna se le está jodiendo la bombilla. Debo ser el hombre más afortunado del puto mundo.

Tres abrigos, dos camisetas de manga larga, una de manga corta y otra interior no son suficientes para este frío. Tampoco las tres capuchas, ni los guantes, ni los dos pares de pantalones que robé de aquella tienda de montaña. El viento y la nieve endurecen la ropa de tal modo que me cuesta verdaderos esfuerzos mover las piernas para seguir avanzando. Ni siquiera podría correr si me encuentran. Además, la oscuridad lo envuelve todo. No hay luna. Las estrellas se confunden con los copos de nieve que danzan a mi alrededor. Es como si el universo entero se estuviese alejando a toda velocidad, como si me hubiesen metido dentro de una de esas bolas de cristal y un niño la estuviese agitando mientras sonrío. Pensar en ello hace que me dé vueltas la cabeza, así que me concentro en seguir andando. Debo estar cerca del metro. Tengo que confiar en mi instinto. Es lo único que me queda. Eso y la mochila repleta de latas de conserva que dejé escondida en mi última escapada al supermercado.

El viento sigue arrojando nieve sobre mí, y en medio de la oscuridad apenas puedo verme los pies a la luz de la linterna. Se me están congelando los dedos, pero debo seguir ahora que no veo a las criaturas. Quizá han encontrado a algún superviviente. Lo compadezco, pero sólo durante unos segundos. Mejor él que yo. Ya puedo ver la familiar figura de los coches que tapan la reja, los ventisqueros que se han formado tras ellos y los colmillos de nieve que desafían a la gravedad emergiendo desde su interior para alejarse en la dirección del viento. Me acerco despacio hasta dejarlos atrás, sintiendo a cada paso cómo cruje mi ropa. La reja está abierta, tal como la dejé. Me agacho y paso por debajo hasta alcanzar el interior de la tienda. El hielo ha convertido las baldosas en una trampa letal, de modo que avanzo en dirección a la sala donde escondí la mochila con todo el cuidado que puedo. Las nubes de vaho que escapan de mi boca me recuerdan lo mucho que me apetece fumarme un cigarrillo, así que las alejo con un gesto de la mano. En la otra sostengo la linterna. La luz es cada vez más tenue. Y como soy el hombre más afortunado del *puto* mundo la bombilla escoge ese instante para estallar y dejar que la oscuridad me envuelva. Ni siquiera espero a que mis ojos se acostumbren a ella; recuerdo bien el camino, así que sigo andando despacio, sin ver nada, tratando de que mis botas no resbalen sobre el hielo. Fuera, el viento ruge como un millar de espectros. Es un sonido aterrador, irreal. Lo único que escucho mientras mis manos tocan por fin el marco de la puerta que hay al otro lado de la sala. Por fin he llegado. Ahora tres pasos hacia delante y dos a la izquierda, eso es. Me agacho y comienzo a palpar en la oscuridad hasta que creo encontrar la mochila, apoyada contra un armario. Es difícil saberlo a través de los guantes, así que me quito uno y sigo buscando hasta encontrar algo parecido a una cremallera. La encuentro, sigo la línea hasta dar con la lengüeta y tiro de ella para escuchar el sonido más hermoso del mundo. En su interior hay latas llenas de alimento, y mientras las acaricio a pesar del frío que siento en la mano, no puedo evitar sonreír. Cierro la cremallera, cojo la mochila y me pongo de pie mientras trato de colgármela al hombro. Apenas puedo doblar el codo llevando tanta ropa encima, pero lo consigo tras unos intentos. Esta ha sido la parte fácil. Ahora sólo debo regresar a las alcantarillas completamente a oscuras y a merced de un viento glacial. Suspiro y me doy la vuelta para encarar la salida.

Apenas tengo tiempo de notar un fuerte tirón en mi abrigo antes de que algo me golpee en la rodilla, haciéndome caer al suelo. Consigo evitar el grito mordiéndome la lengua y trato de ponerme en pie, pero el sonido de una pistola a la que acaban de quitar el seguro me hace desistir. Me llevo la mano a la mía.

Ya no lo es.

—Levántate —dice una voz frente a mí. Es humana, o eso creo.

Obedezco apretando los dientes, sin decir nada. Seis años logrando evitar a esas criaturas y es uno de mis semejantes el que acaba por darme caza. Casi puedo escuchar las carcajadas del destino a lo lejos, arrastradas por el vendaval. Dos manos me agarran de los brazos y me ayudan a levantarme. Parece que no está solo.

—Vamos, todos arriba —ordena el hombre. A pesar de que no le veo sé que aún me apunta con mi propia arma.

Me guían entre la oscuridad. Oigo sus pisadas mientras avanzamos, pero mis ojos sólo ven negrura. ¿Cómo lo hacen? No hay duda en sus pasos, saben perfectamente dónde pisan. Siguen un camino que yo no soy capaz de imaginar siquiera. Entramos a una sala y el sonido de sus botas crea ecos que después se desvanecen. No suenan como hielo pisoteado; más bien parece arena o gravilla removiéndose. No le encuentro sentido. Comenzamos a subir unas escaleras, y otras, y tres o cuatro más. Al final, mientras el dolor se come mi rodilla, nos detenemos. Escucho el sonido de una puerta al abrirse. El frío que surge de su interior me golpea el rostro y cierro los ojos. Las manos me sueltan, escucho unos pasos alejándose de mí.

—Tranquilo, no vamos a hacerte daño —dice otra voz desde algún lugar a mi derecha—. Vamos, devolvedle su pistola.

Alguien me coge la mano y la deposita sobre ella. La guardo sin ser capaz de articular palabra. No entiendo nada.

—¿Todos los visores apagados? Bien. Encended las luces.

Un sonido estático lo inunda todo y la claridad penetra en mis párpados. Cuando por fin me atrevo a abrir los ojos me veo rodeado por diez o doce personas vestidas con gruesos trajes de camuflaje blanco. Unas enormes gafas de visión nocturna coronan sus cabezas. Hijos de puta... y yo creyendo que podían ver en la oscuridad. Sin embargo, no hay alegría en sus rostros. Todos me miran como a un bicho raro, abatidos. Los focos que circundan las paredes de la sala tiñen de sombras sus facciones. El suelo está cubierto de sal.

—Ven conmigo —me dice una mujer. Sé que lo es por su voz, porque el traje que lleva oculta demasiado bien sus curvas.

La sigo en silencio, bajo la atenta mirada de los otros, hasta alcanzar un enorme ventanal por el que debería poder verse la ciudad si hubiese algo de luz en ella.

—No lo sabes, ¿verdad? —me pregunta. La miro sin comprender—. No importa. Esperaremos al alba —añade mientras me señala una puerta—. Ahí hay un par de camas. Duerme un poco. Y perdona lo del golpe. Todavía quedan muchos indeseables por ahí.

No contesto. Entro en la habitación y miro los colchones. Tienen un buen puñado de mantas encima. Está claro que no son meros supervivientes como yo. No le doy mucha importancia; me tumbo en la cama más cercana y pienso en que no voy a poder dormir al tiempo que me cubro con un par de mantas. No tardo en entrar en calor y..., unas manos me despiertan, acompañadas por la voz de la mujer. Me dice que la siga. Volvemos frente a la ventana. No nieva, y se puede ver la ciudad helada y las estatuas que se extienden por sus calles. Las criaturas caminan entre ellas; espectros níveos cuyos ojos son dos gotas de un carmesí desgastado; vampiros, pero no de los que beben sangre. Se alimentan de algo más dulce, más vivo. Liban el frío que segregan nuestros corazones al perder la esperanza.

—Es el sol —me dice—. Se está apagando. Por eso son capaces de salir cuando es de día. La luz mengua a cada minuto, y apenas notamos su calor. Nos queda poco tiempo.

Miro hacia ese círculo blancuzco que parece flotar entre las nubes como un ojo ciego. No tengo motivos para no creer sus palabras, incluso dan respuesta a una pregunta que ya había dejado de hacerme. La ciudad duerme cubierta de hielo, bajo la luz de una estrella moribunda. Las criaturas son fantasmas sonámbulos errando por sus calles.

—¿Qué piensas hacer? —me pregunta ella.

Saco mi pistola, la miro. Extiendo la mano y la dejo caer fuera, sobre la nieve.

—Vivir para contemplar el último amanecer —le digo.

Y ella, bajo el pañuelo cubierto de escarcha que le cubre la boca, parece sonreír.

DESHACERSE POR UN SUEÑO

Silvia Gabriela Vázquez

A menudo mis sueños me invitan, disimulada y amablemente, a que apresure sus respectivas libertades para impedirme que regrese a ellos otra noche.

Sin embargo, un día, la pesadilla de la que quiero hablarles, me exigió, sin diplomacia alguna, que la soltara.

Hubo un tiempo en que no habría sabido qué hacer, pero en aquel momento no tuve ninguna duda.

Dejarla ir hubiese sido una muestra de cobardía, casi una deshonra. De modo que tomé su amenaza como un auténtico desafío y la reté a duelo. Claro que fijamos una fecha lo suficientemente alejada como para que transcurriera un período considerable en el que pudiéramos arrepentirnos.

Para tenerla bien presente me até un hilo colorado alrededor del dedo —el meñique, para ser exacta— y en una desesperada tentativa por evitar cualquier error, involuntario como todos los errores, lo rematé con tres lazos. No fuera a suceder que tirase de las hebras sin darme cuenta mientras masticara un bocado de aburrimiento cotidiano en la fila del banco, por ejemplo.

En definitiva, las pesadillas no son más que marañas.

Hubiese sido suficiente con unir pulgar e índice y una vez atrapada la hilacha vital que la sostenía, arrancarla sin mayores miramientos para colocarla de nuevo en su lugar de origen, el vacío de lo imposible, pero no le iba a dar el gusto.

Por fortuna, mi papá me había enseñado a hacer nudos marineros en una de esas salidas a pescar que yo tanto odiaba de pequeña. Si bien nunca logró transmitirme su interés por los misterios del océano, se empeñó en confiarme un puñado de secretos para que no naufragara. Herencia poco útil, ya que soy fóbica al mar y jamás, pero jamás, aceptaría viajar en barco, submarino ni ningún otro medio de transporte acuático.

Volviendo al tema que nos ocupa, no heredé de mi padre sino de mi abuela la costumbre de coleccionar sueños y aunque debo reconocer que me cuesta bastante, no tengo inconvenientes en liberar a aquellos que claman, con afectuoso respeto, por su independencia. A los otros no. A estas alturas ya habrán notado que a caprichosa no hay quien me gane.

Ella —mi abuela de noventa y tres años— solía ahorrarlos en un recipiente de vidrio, como los que se usan para conservar berenjenas en escabeche o mermelada casera de damascos. No en pocas

oportunidades me había confesado que sólo consideraría la posibilidad de destaparlo cuando la falta de memoria o el insomnio perturbaran demasiado su descanso.

Esta madrugada la encontré desordenando las últimas estrellas y palabras de la tarde anterior con los ojos cerrados, intentando dormir a toda costa sin recurrir a su reserva añeja de pura fantasía.

—¡Por favor *abue!* ¡No seas avara! ¿Por qué no usas alguno de los que guardas en el tarro? —le pregunté entre risas. Y como respondió que había olvidado la clave para abrirlo, le ofrecí que eligiera uno de los míos.

—Es que siempre tuve cierta aprensión en lo que a hebras oníricas ajenas se refiere —murmuró como quien devela, a medias, un enigma— pues nadie sabe con certeza qué podría pasar al final del ovillo.

Me reí a carcajadas por su ocurrencia y dado que la tapa de mi frasco se había atorado, le insistí para que jalara del hilo rojo —cada vez más delgado— que todavía llevaba aquí en mi meñique. Ella tironeó con ternura.

Fue en ese preciso instante cuando recordé el final exacto de aquella desconsiderada pesadilla rencorosa. Me advertía con sus tres repugnantes bocas desdentadas, que si alguien pretendiera volver a soñarla, mi voz diurna sería capaz de deshilvanarse y que cuando yo menos lo esperara, podría desapare...

SU ÚLTIMA OPORTUNIDAD

Javier Miró

Abandonado, sin blanca y entre rejas, así es como se vio Coltran Ojolento a sí mismo cuando escuchó la puerta de la celda cerrarse a sus espaldas. Y no era la primera vez. Hubo un tiempo en que no habría sabido qué hacer, pero en aquel momento no tuvo ninguna duda. Estaba jodido. Ya no le quedaba ninguna pistola oculta bajo la mesa, ningún contacto salvador al que recurrir, ningún crédito ante nadie. Había demasiada gente queriéndole en una cámara de gas, y demasiados cazarrecompensas ansiosos por hacer cumplir la ley. Había sido traicionado, obviamente, por el cabecilla de esos odiosos zhurtas que él mismo contrató para colar de contrabando una considerable —a la par que lucrativa— cantidad de especia xoan. Su último plan genial para hacerse rico y retirarse a algún planeta azul donde pasar el resto de sus días bebiendo licores exóticos y dejando que las autóctonas le lamiesen las pelotas. Pero no, ahora estaba atrapado en aquel condenado planeta, Duq'huan 3, una ardiente bola de arena y roca varada en mitad del vacío interestelar.

"Cojonudo", se dijo con despecho, aunque su subconsciente lo debió de interpretar como algo cómico, pues hizo que soltase una carcajada seca como una grieta.

—Mucho mejor así —dijo una voz repentina salida de algún rincón.

Sobresaltado, Coltran cayó en la cuenta de que desde su posición no controlaba la totalidad de la celda. En realidad, aquel espacio era algo semejante a un almacén reconvertido que ocultaba numerosos rincones sumidos en las tinieblas.

—¿Quién coño anda ahí?

—Tranquilo, amigo.

—Yo no soy tu amigo, gilipollas —replicó Coltran interrumpiendo a la voz, perteneciera a quien perteneciese—. Ten mucho cuidado conmigo, tío, que esos guardias no han descubierto el mini—láser que oculto en la bota. Te puedo freír la chola antes de que digas *soy un comemienda*.

—¿A qué bota te refieres, a la que le falta toda la suela, o a la que sujetas con ese trozo de tela a tiras porque se te cae a pedazos?

"¡Joder!"

—Sal de tu escondite, capullo —le espetó Coltran cada vez más nervioso—. Da la cara, cabrón.

El silencio cayó sin prisas sobre la celda, como un manto extendiéndose sobre un mueble antiguo. Coltran trataba de controlar los espacios oscuros donde esperaba que saliera el desconocido. Se lamentó al descubrir que estos eran demasiados. Levantó los puños, preparado para recibir un golpe en cualquier momento. Sin embargo, en lugar de eso, lo que llegó fue la imagen de un hombre de una

estatura y peso similares a los suyos. Un humano a todos los efectos, salvo por algo, un detalle difícil de apreciar que hacía dudar de su naturaleza. Tal vez fuera que no emitía ruido alguno, ni al respirar ni al caminar. Coltran apretó los puños hasta clavarse las uñas en las palmas de las manos.

—Quieto ahí, miserable —le ordenó.

El desconocido obedeció sin variar un ápice la templanza de su semblante.

—Creía que querías verme —sonrió.

—Cierra la puta boca. Di, ¿quién eres? ¿qué cojones haces aquí?

—Un modo rudimentario y poco decoroso de entablar amistad, por lo que veo. Me llamo Arlent y, por mi situación, intuyo que habré hecho algo semejante a lo tuyo —se apresuró a decir antes de que Coltran le replicase.

—Hablas como un completo imbécil. ¿De qué puto agujero has salido?

—Nací en el Mundo Xehohr, si es eso a lo que te refieres. Mi ascendencia allí, la que por cierto, conozco al completo, se remonta a tiempos inmemoriales. Supongo que tú, siendo terrícola, no tendrás tiempo para que te la recite.

"Preso en el culo del universo, y además encerrado con un maldito bicho del demonio. De puta madre Colt, de putísima madre."

—Como muevas un músculo más te parto el alma... o lo que tengas —amenazó Ojolento al ver que Arlent daba un nuevo paso hacia él.

Éste se detuvo *ipso facto*, mostrando las manos abiertas como gesto universal de pacificación.

—*Acércate a mí, no te muevas.* Te contradices con demasiada facilidad, Coltran Piotr Davis, más conocido como Coltran Ojolento. Mucho me temo que no va a ser fácil entablar una conversación enriquecedora contigo.

—Como sigas leyéndome la mente te juro por lo más sagrado que te reviento a hostias, desgraciado. Soy muy chungo y no tengo nada que perder, te lo advierto.

—Eso parece, amigo, eso parece. Sí, sí, ya sé que no soy tu amigo, es sólo una forma de mantener la cordialidad. Por mi parte, al menos.

—Métete tus refinamientos por el agujero que uses para cagar, engendro de las narices. Lo que menos necesito ahora mismo es un puto bicho con aires de superioridad y modales de marquesa, ¿me oyes?

—Sea como desees, Coltran Ojolento —respondió Arlent retrocediendo ceremonioso a las sombras de donde surgió. La calma y la sonrisa le siguieron—. Mis disculpas, si te he ofendido. Mi intención no era esa, todo lo contrario; pretendía traerte algo de paz y consuelo en una hora tan sombría para ti.

Coltran estuvo a punto de contestar con una nueva bravata, pero las palabras se le trabaron antes de poder salir por la boca y sólo pudo proferir sonidos inconexos.

—¡Te he dicho que dejes de leerme la mente, joder! —consiguió amenazar por fin.

Arlent, que se encontraba detenido justo en el límite de las sombras, con sólo el rostro destacando de entre la oscura confusión, mantuvo la sonrisa. Se quedó así un rato, en silencio, clavando sus pupilas naranjas en un Coltran más y más desdibujado. Éste se recompuso, levantó de nuevo ambos puños con

una firmeza postiza, atribulado por el efecto que tenían en él las palabras de su indeseado compañero de encierro.

—Tú ves cosas, ¿no es así? —preguntó Coltran atrincherado tras su guardia.

—Lo que vosotros llamáis clarividencia se incluye en los dones de mi gente, de modo que podría decirse que sí.

—Deja de adornarlo todo tanto y dime qué has visto —le interrumpió Coltran—. Y sin pavoneos.

Antes de retomar la palabra, Arlent se mantuvo sereno y en silencio por espacio de dos segundos, puede que un poco más. De haber realizado algún sonido, éste hubiera sido algo parecido a un suspiro.

—Por norma, no atiendo a peticiones de tan flagrante ausencia de decoro, Coltran Ojolento. No obstante, veo aquí la oportunidad de darte la lección que sin duda requieres.

—Te dije *sin pavoneos*.

Arlent realizó una profunda reverencia, tan innecesaria que resultó ridícula. Tal vez fuera ese el efecto deseado.

—La orden ha sido dada —expresó en un tono solemne y litúrgico—. Serás trasladado de inmediato a la fragata imperial más próxima, la que te llevará directo a la estación espacial Alpha Tertia. Serás juzgado y condenado allí mismo. Te quedan diez minutos en este planeta. Y cuatro días entre los vivos.

"Mierda."

—Todo eso ya me lo imaginaba sin tu ayuda —dijo Coltran—. Tampoco me estás dando ninguna lección.

—Es cierto. Para ello tendrás que escuchar lo que voy a contarte a continuación.

—Paso de ti, puto monstruo —cortó Coltran—. Ahora que parece seguro que voy a terminar gaseado o con los sesos fundidos, me sobran tus cuentos. Ahórratelos.

—Sin embargo, y sintiendo mucho llevarte la contraria, mi visión me indica que, dada la importancia vital de lo que puedes aprender con mi relato, vas a oírlo completo. De hecho, tú mismo me rogarás que te lo cuente.

—Pues vas listo si piensas que voy a rogarte. Sería lo último que hiciera.

—Buena suerte, Coltran Ojolento —respondió Arlent retirándose por completo a las tinieblas.

Coltran volvió a quedar solo consigo mismo y en silencio. Tardó poco en ser consciente de que sus tormentosos pensamientos arremolinándose sobre su cabeza, tal vez, no eran la mejor compañía.

—Está bien —dijo al cabo de un par de minutos. No recibió respuesta—. Joder, cuéntame lo que sea que me ibas a contar. Por favor —rogó al seguir sin contestación.

Arlent surgió de nuevo, no demasiado rápido, pero sí portando una sonrisa mayor a la anterior.

—Me congratula tu vuelta a este lado de la razón.

—Desembucha.

—Muy bien. Quería contarte que los xehohrianos, como pueblo, hemos desarrollado nuestras capacidades psíquicas al límite de adentrarnos en el conocimiento profundo del multiverso, esto es, las infinitas dimensiones paralelas a la nuestra. Mi ancestral escuela, sin ir más lejos, ha logrado grandes descubrimientos al respecto. Pero nada comparado con la revelación última que yo mismo he tenido la

ocasión de experimentar. He dado con un plano superior a cualquier otro, habitado por seres muy por encima del resto.

—Vamos, ¿ahora me vas a venir con esas? Tan avanzados que os creéis los de tu especie y vienes a contarme milongas sobre dioses. ¡Venga ya!

—Permíteme intentarlo de otro modo, Coltran Ojolento. Hasta donde mi visión me muestra, en tus años has vivido grandes aventuras, ¿cierto? ¿En cuantas ocasiones te han surgido dificultades indecibles que te han llevado al límite, que te han hecho pensar que estaba ya todo perdido? ¿Y cuántas veces ha habido un giro inesperado en el último suspiro que lo ha cambiado todo y que, si bien no ha vuelto las tornas a tu favor, sí que te ha ayudado a seguir vivo?

—Pues, ahora que lo dices, bastantes, sí. Pero eso no significa nada, tío. Así es como funciona la vida: si la suerte te sonríe salvas el pellejo, y si no, te lo sacan a tiras. He visto a mucha gente palmarla en estos años, y si sigo vivo es porque todavía no me ha llegado la hora, creo. No hay ningún dios metido en nada de eso.

—Sin duda, Coltran, sin duda. Voy a probar otra vía para explicártelo. Yo mismo en mis estudios he visto, *be sentido*, una presencia sobre mí. Un ser omnipotente cuya voluntad está muy por encima de nada alcanzable por nuestra lógica. Tenía un par de ojos marrones, Coltran, muy parecidos a los ojos humanos, que me observaban tras unas lentes de propiedades indescriptibles. En este mismo momento, mientras hablo contigo, *sé* me está observando. Este ente no controla mis actos, sólo contempla mi propia libertad de acción. Y no obstante tiene todo el poder sobre mí. Me conoce mejor que yo a mí mismo, me desnuda con una facilidad pasmosa, incluso es capaz de anticiparse a mis propias sensaciones y sentimientos. Me desarma y me vuelve a armar, peor aún, ya no concibo el sentido de mi existencia sin su presencia.

—¿Qué mierdas intentas contarme con todo esto? —preguntó Coltran intrigado.

—Que nuestras vidas, tanto la tuya como la mía, son fingidas, Coltran. Que no somos más que ficción, un mero entretenimiento para esos seres superiores. Que nos observan, nos leen. Es como si nos soñaran y, nosotros, como sueños que somos, no existimos.

—¿Sabes lo que te digo? —contestó Coltran tras tomarse una leve e incrédula pausa—. No te creo ni media palabra, colega.

—No obstante, mi querido amigo, ahora te encuentras en una nueva situación límite; podría decirse que la definitiva. Ya no te quedan recursos, y sin embargo me has encontrado a mí, un completo desconocido que, por casualidad, y justo cuando ya se oyen las pisadas de los guardias que acuden a llevarte, te muestro la vía de escape: tu última oportunidad.

—¿Qué?

—Sí, Coltran, detrás de ese bidón hay un pasadizo que da al almacén de la cantina. Por ahí entré yo. La calle no queda lejos.

—Pe... pero, no, no entiendo.

—Mi misión pasa por eliminar algo que se encuentra en este edificio. Pensaba matarte y hacerme pasar por ti para engañar a los centinelas. Pero mi reciente descubrimiento me ha mostrado que debo

ayudarte. Ahora es el momento de separarnos. Quizás nuestras historias vuelvan a cruzarse en un futuro, Coltran Ojolento, para mayor regocijo de los seres superiores que no nos quitan sus omnipresentes ojos de encima. Ahora huye, salva tu vida, y encuentra al responsable de la muerte de tu hermano.

—Pero, pero, ¿qué cojones sabes tú de eso? —replicó como pudo Coltran mientras era empujado por Arlent hacia donde le indicaba que se situaba el pasadizo.

Los guardias ya estaban en la puerta, y Arlent se situaba en el centro de la celda, transfigurándose hasta resultar idéntico a Coltran. Fue lo último que pudo ver Ojolento, todavía incapaz de asimilar lo que ocurría, instantes antes de encontrar el angosto hueco y desaparecer.

LA MUJER DEL KIMONO AZUL

Juan Pablo Goñi

La mujer del kimono azul se introdujo en el piso sin invitación. Mis convidados se apartaron y se ubicó en el centro de la sala. Hubo un tiempo en que no habría sabido qué hacer, pero en aquel momento no tuve ninguna duda. Mis últimas experiencias con el mundo artístico me habían preparado para lo inesperado, y mi conocimiento de la vida social me prevenía en contra de los escándalos. Tanta suficiencia fue causa de todo; en ese momento fui incapaz de sospechar las consecuencias de mi actuación. Sin inmutarme, me dirigí a la joven de rostro blanco y tomé su mano, agradeciéndole su presencia.

La conduje hacia uno de los costados. Las miradas continuaron unos segundos estudiando a la extraña, de ojos rasgados y cabello, lacio y sostenido por dos palillos de madera. Pronto retornaron a sus conversaciones, al entender que no era un suceso escandaloso sino una invitada peculiar, quizá artista. Apagados los rumores, ofrecí una bebida a la joven. Como no respondió, escogí una gaseosa y se la acerqué. El kimono estaba sujeto por una amplia faja de color crema, sin adornos. La tela de la prenda estaba cubierta de flores difusas, en distintos tonos de azul.

La joven sostuvo la copa y me estudió. Sus ojos, negros, me parecieron vacíos. Me propuse averiguar qué objetivo la había conducido esa noche a mi casa, donde celebrábamos la publicación de mi segunda novela. Dos mozos ofrecían canapés y sándwiches de miga. La joven los rechazó. Cuando estuve seguro de que nadie más nos escuchaba, le pregunté su nombre.

—La luna tiene nombre, también las estrellas, incluso los pequeños sujetos que has reunido esta noche. ¿Para qué más nombres?

¿Pequeños sujetos? Las personas que circulaban entre mis muebles eran de lo más selecto de la ciudad, conocidos todos de mi hermano, vinculado a la aristocracia lugareña por su casamiento con la hija de un fabricante de aperturas. Sin ofenderme, aguardé que diera su nombre. En vano, dedicó su atención a la copa donde burbujeara la gaseosa, como extrañada. Un amigo me hizo señas, el presidente del concejo deliberante quería hablar conmigo.

—Con tu permiso, me esperan.

La dejé sola, sin temor, ¿qué daño podía causar? Aún recibía miradas disimuladas; los convidados eran personas de buenos modales, incapaces de someter a un escrutinio profundo a uno de su clase. Tras mi bienvenida a la joven, así la consideraban. Estreché la mano del político, creo que por tercera vez, y me sometí a su cuestionario. Se consideraba un gran lector y preguntó por la inspiración de la novela, el desarrollo de los personajes y la ambientación. Respondí de buen grado,

repetiría mis nociones a todo aquel interesado en el libro, favoreciendo las ventas. Las necesitaba, durante los últimos tres meses había mantenido mi estilo de vida merced a la generosidad de mi hermano. A él no lo preocupaba, era feliz de tener un personaje célebre en la familia; libros vendía pocos, pero toda la ciudad me destacaba como un gran personaje de la cultura.

Me liberé del presidente y me dirigía hacia otro grupo, cuando noté que la mujer del kimono había abandonado su sitio. La busqué. No estaba, imposible no percibirla de un vistazo. La supuse en el baño. Hablé con dos señoras integrantes de una cooperadora de algo, y con una pareja muy interesada en el desarrollo de las artes, tanto que estaban dispuestas a vender el libro a todas sus amistades. El vino blanco era dulce, el favorito de las damas; las ponía de muy buen humor. Tras otros dos episodios donde se reiteró la voluntad de llevar mi obra a todos los rincones de la ciudad —cada uno tenía su ejemplar, adquirido al ingresar en una mesa colocada en el hall—, mi propio humor se endulzó, la reunión era un éxito. Tardé en reparar que la dama del kimono continuaba sin aparecer.

Pasé de uno a otro corro, riendo y oyendo las liviandades propias de esas personas estructuradas, preguntándome qué se había hecho de la mujer. Era lógico pensar que se había marchado con la misma ligereza con la que había entrado, sin embargo intuía que continuaba en casa. Mi hermano me llamó; el gerente de una cantera quería veinte ejemplares para sus empleados. Tenía más de doscientos sobre mi cama, me excusé y fui a mi habitación, donde volví a encontrar a la extraña. Se hallaba sentada sobre sus talones. Noté recién que sus pies estaban descalzos, cubría sus plantas una costra marrón, del polvo pisado. Sostenía en sus manos un ejemplar de *La Maldita*, la novela que celebrábamos. El resto de la edición seguía sobre la cama.

—Era cierto, escribiste sobre los espíritus del más allá.

Esta vez no tuve tan en claro cómo comportarme, ignoraba si la frase era elogio o crítica. Decidí asegurarme, en tanto contaba los veinte ejemplares.

—Eso no me indica si te gusta o no.

—¿Importa?

Dejó el libro y me desafió con la mirada. Así interpreté los ojos alzados y los labios juntos. Decidí regresar a la sala, entregar los libros y despedir de a poco a los invitados, para luego librarme de la molesta intrusa. Dos preguntas sin respuestas directas era demasiada descortesía, incluso para mí. Tomé los ejemplares y salí, consciente que sus ojos seguían mi desplazamiento por el cuarto. Caí recién en la indignidad de la conducta de la mujer, no solo había ingresado en la fiesta sin invitación, sino que además había violado mi intimidad metiéndose en mi habitación. Lamenté que esta vez estuviera rodeado de gente de alta sociedad; de haberse tratado de una reunión del mundo de la cultura, la hubiera sacado sin más del brazo. Iluso.

Entregué los ejemplares e intercambié más frases. Como suponía, los invitados se retiraron en pocos minutos, con sus novelas en la mano. Mi hermano fue de los primeros junto a su esposa, poco propensa a las reuniones en ámbitos pequeños. Su rostro, al ofrecerme la mejilla para mi ósculo, me comunicó que era un gran sacrificio el que había hecho para acompañarme. Tras él,

como si hubiera sido necesario que uno diera el primer paso, salieron los restantes invitados, reiterando felicitaciones y promesas. Cuando el último partió, fui hasta la cocina. Los mozos habían limpiado y guardado los sobrantes en la heladera. Les pagué y marcharon. Por fin podía dedicarme a la extraña.

La hallé frente al ropero, con las puertas abiertas. Mi indignación creció. Se volvió al oírme entrar.

—Extraño que alguien tan gris tenga contacto con el más allá.

La frase me hizo sospechar de su salud mental. Temiendo un brote sicótico, cambié mi estrategia de echarla sin contemplaciones y apliqué mi urbanidad.

—Los caminos del señor son extraños. La reunión terminó, te agradezco la presencia, podés marcharte.

Sus labios delgados hicieron una mueca y rio por unos instantes.

—Gracioso.

Resulta imposible describir su voz, cavernosa, sin ser grave ni mucho menos gutural.

—Dependo de vos para marcharme, ¿no te lo dijeron?

—¿Quiénes?

—Lo ignoro, no he llegado hasta ellos, se supone que vos los conocés, ¿o escribís sobre cosas que no sabés?

La situación me preocupó. Sentí calor, me desprendí dos botones de la camisa. Ladeaba su cabeza para hablarme, el cabello caía manso sobre su hombro. ¿Qué tenía que ver mi novela con esa criatura?

—Creo que estás confundida... no me dijiste tu nombre.

—Los nombres se pierden al dejar la tierra.

—¿Dejar la tierra? Permíteme que te diga que estás en la tierra, debés haber perdido el vuelo de la NASA. O de lo que tengan en Japón para viajar al espacio.

—¿Japón?

—¿No sos japonesa?

Su castellano era muy argentino para que fuera japonesa.

—¿Lo decís por este cuerpo? Fue el que encontré, estaba oscuro y no podía andar sin cuerpo por acá.

Me dije que era demasiado y que la sacaría de allí de cualquier forma. Me adelanté para cumplir mi decisión. Ella debió interpretar otra cosa, porque llevó la mano a la faja.

—¿Te molesta el kimono? Lo sacamos —comenzó a tirar de la faja. Estaba soltero, sin compromisos y me decía liberal, pero no estaba en mis planes desnudar a una mujer con obvios problemas mentales. Antes de que pudiera detenerla, la faja dio una última vuelta, el kimono se abrió, y comenzó a saltar un chorro de sangre sobre mi torso y mi cara. La sangre tenía objetos pequeños y duros; atrapé uno, eran gusanos. Era imposible que un muerto sangrara y que un vivo tuviera esos gusanos. La chica estaba desnuda por completo y el cuerpo todo estaba como apergaminado, como chupado. Se pasó una mano por la cara, corriendo la pintura blanca, y me

ofreció una mejilla con trozos de piel faltantes. Se terminó el misterio de los ojos sin fondo; la cuenca estaba vacía.

Retrocedí y corrí a la puerta; se cerró de golpe, sin que ella se moviera. Con la mitad de la cara aún maquillada, me miró con pena.

—¿Te escapás?, ¿de verdad no vas a ayudarme?, ¿tan egoísta sos?

—¡No puedo ayudarte! No tengo contactos con el más allá, la novela es pura imaginación, tenés que buscar a una médium.

—Tarde, ya te elegí, no podemos cambiar. O me llevás con ellos, o vamos juntos.

Atónito, observé que caminaba en mi dirección. Un brazo huesudo, con piel colgando, se extendió; las uñas eran larguísimas, no me había percatado de ello. Cuando hizo contacto con mi cuello, creí que estaba ante los últimos segundos de mi vida. Mi cabello se erizó y cerré los ojos. Entonces llegó la inspiración.

—Esperá, no puedo llevarte ahora, pero puedo ayudarte a buscar la forma de dar con ellos. Es cuestión de que vuelvas a cubrirte con el kimono y te pintes otra vez la cara, para disimular hasta que los encontremos.

Lo pensó. Suspiró. Retrocedió y volvió a colgarse la prenda que le ocultaba hasta los pies. La sangre se quitó de mi ropa. Quedó en mi cuarto, en tanto fui a comprar la pintura necesaria para que reemplazar el maquillaje borrado.

Ahora mismo está allí, sale pocas veces, teme que un accidente la deje en descubierto. Esa reclusión me complica; me pone horarios para el regreso y no me permite viajar. No pienso desobedecerla. Bastante tengo con el morboso *show* que me brinda cada noche, al desnudarse para dormir. Escuece por un rato cuando entramos en contacto; en las primeras noches costó, pero ya estoy acostumbrado. Mi cuñada presiona para que me case con ella, pero no puedo casarme con una muerta sin cuerpo propio. O encuentro por fin una médium auténtica que me libere, o deberé aguardar mi muerte para estar con ella. Porque no me veo con otra. Al fin y al cabo, somos animales de costumbres.

LEVIATÁN

Juan Ruano Rosa

María aún tenía buena vista, los golpes no se la habían arrebatado. La pequeña vela encapsulada en plástico rojo aportaba luz suficiente; no necesitaba más. Hubo un tiempo en que no habría sabido qué hacer, pero en aquel momento no tuvo ninguna duda.

*[...] Entonces vi surgir del mar una bestia que tenía diez cuernos y siete cabezas;
sobre sus cuernos tenía diez diademas y sobre sus cabezas, nombres blasfemos.*

Depositó el libro sagrado (en octavo, encuadernado en cuero rojo con guardas de tafetán verde) en una pequeña mesa que había dispuesto junto al sofá, de un solo pie, limpia, adornada con un tapete de fieltro granate. Apagó la vela de un soplo, se incorporó y se santiguó. Arrastrando la pierna izquierda se adentró en el salón que se dibujaba grisáceo al otro lado de la puerta. Un fuerte olor se cernía sobre toda la casa; se desplazaba a ráfagas irregulares como movido por un propósito concreto. María olisqueó el aire, hizo un gesto de disgusto y trató de localizar en su cabeza algo de vital importancia que había olvidado. Algo que se resistía a ser encontrado y que lo cambiaría todo. Pero desistió cuando el zumbido de moscas que la llenaba por dentro creció hasta hacerse insoportable.

Se había acostumbrado a vivir como una asceta, a encender la luz sólo lo necesario, a subsistir con pan y agua y encontrar el consuelo entre las páginas de la Biblia. Comprendió que toda precaución es poca si de lo que se trata es de seguir con vida; Roberto se lo dejó claro desde el primer golpe. Había pasado tiempo desde entonces, desde que descubriera que la vida es tan sólo un tránsito.

Salió del salón y se encaminó con su pesado paso hacia la cocina, que permanecía también en la más absoluta negrura. Conocía a la perfección las dimensiones de su casa; había pasado mucho tiempo comportándose de esa manera, a ciegas, como un topo. Acercó la mano al mueble junto a la puerta y la deslizó lentamente sobre su superficie lacada buscando algo. El tacto frío de la manilla del cajón le dijo que había encontrado lo que necesitaba. La cajonera salió con un suave sonido de rodamientos y María introdujo la mano en su interior, tanteando. Seleccionó el que parecía más apropiado: un cuchillo de hoja gruesa afilado con esmero. Se dirigió al pasillo de entrada a la casa que terminaba en ángulo recto con el salón. Tomó una silla de las que se apilaban contra la pared y la puso en la boca del mismo, de frente, esperando el encuentro.

Oleadas de un olor acre recorrían de arriba abajo el corredor. Un olor que sugería verdades difíciles de tolerar por alguien como María, tan abiertamente dispuesta al sacrificio.

Se sentó y con pulcro gesto depositó el cuchillo sobre su regazo. Meditó acerca de Dios, de su fingido olvido y de la velada prueba que éste escondía. Su rotunda fe no admitía dudas al respecto; no evaluaba hechos ni conjeturaba motivaciones: *el Dragón* vivía en su casa y cada día sufría las consecuencias de su cólera. Pero hoy no. En el exterior la tarde se olvidaba de sí misma y terminaba por desaparecer; en el interior, una resuelta María aguardaba en silencio dispuesta a matar a la bestia.

La noche se acomodaba cuando el timbre sonó. María tensó su magullado cuerpo sobre la silla y contuvo la respiración. El timbre volvió a sonar. María supuso que *el Dragón, Leviatán*, en un meditado intento por confundirla desplegaría ante ella todo su poder. Despacio, como temiendo ser vista a través de la puerta, se incorporó. Recorrió el pasillo mientras el timbre sonaba una tercera, una cuarta vez. Abrió la puerta y se vio invadida por una luz sobrecogedora que la cegó y la hizo dudar a un tiempo; pero la duda era otro engaño, como la misma luz, porque allí, ante ella, *Leviatán* mostraba sus contornos.

La descarga del cuchillo sobre el torso del inspector Evaristo Andrade comenzó a cortar también el nudo que bloqueaba su cerebro y por un instante esa verdad escurridiza que tratara de cercar unos minutos antes quedó accesible.

—Ahora no, ya no te necesito —murmuró mientras su rítmico manoteo gastaba la vida del infeliz, que sin aliento había caído de rodillas.

Cuando al fin sintió María concluido su trabajo, arrastró el cuerpo sin vida al interior de la vivienda; Dios no quería que su obra se conociera por el momento. Depositó el cadáver en la habitación del fondo y fue a limpiar las evidencias de la batalla: no deseaba que nadie supiera que *Leviatán* había caído, que de nuevo el bien había vencido, que los golpes no habían quedado impunes, que su mano era la mano de Dios.

...

[...] El mar devolvió los muertos que guardaba; la muerte y el Hades devolvieron los muertos que guardaban, y cada uno fue juzgado según sus obras.

Depositó el libro sagrado en la mesa junto al sofá, sopló la vela y se incorporó. Las heridas dolían hoy más que de costumbre, pero su fe no admitía discusión. María sabía que *Leviatán* volvería; pero hoy lo estaría esperando.

TRES SUEÑOS

G.K. Martos

Se despertó sobresaltado. Y aunque sentía miedo, se obligó a reprimirlo. Hubo un tiempo en que no habría sabido qué hacer, pero en aquel momento no tuvo ninguna duda. Después de todo lo que habían vivido juntos no le daría la satisfacción a su acompañante de mostrarse temeroso ante su destino.

—¿Todo bien? —preguntó su compañero de celda.

Wolff se desperezó con lentitud, con deliberada parsimonia. Estaba tendido sobre un montón de paja agrupada en una de las esquinas de la mazmorra. Esa paja servía indistintamente como lecho y como retrete. El olor a orina y mierda le golpeó el rostro mientras se incorporaba.

—Muy bien —respondió.

La mazmorra donde estaban encerrados era pequeña y agobiante. Si estirabas los brazos era posible tocar ambas paredes a lo largo, pero había que hacerlo prácticamente a oscuras, porque la única luz llegaba gracias a una antorcha situada en el pasillo exterior. Un fuego que ya casi se había extinguido.

—¿Conseguiste sobrevivir?

—No —contestó tranquilamente Wolff mientras se acomodaba contra la pared. Su compañero de celda lo miró con ojos entrecerrados.

Y sin embargo estás calmado. Por curiosidad, ¿qué estrategia seguiste en esta ocasión?

Wolff se quedó callado, cabizbajo. Pero cuando parecía que finalmente no contestaría debió pensárselo mejor.

—¿Te acuerdas de Ereoth? —respondió Wolff con otra pregunta.

—¿La ciudad de los ladrones? Wolff asintió.

—Sí, por supuesto —confirmó su compañero de celda—. Aquel día casi pierdes la vida. Faltó muy poco.

—Así es.

—Allí, si recuerdo bien, te salvaste hablando de tu don. ¿Cierto? Al enterarse, aquel prestamista quiso utilizarte y decidió mantenerte vivo un poco más de tiempo.

—El suficiente para poder escapar. —Wolff se miró las uñas negras, llenas de mugre. Comenzó a mordérselas—. Pero esta vez es diferente.

—¿Le has hablado de tu don y no te ha creído? —se aventuró a adivinar su compañero de celda.

—No es tanto una cuestión de si me creyó o no me creyó. Quizá lo hizo pero le dio igual.

—Mala suerte entonces, amigo mío.

Wolff escupió un trozo de uña y miró a su compañero de celda, extrañado.

—¿Mala suerte?

—Tú ya me entiendes —se explicó el compañero—.

—Te regodeas —le acusó Wolff—. Y no me extraña que lo hagas. Llevas esperando esto mucho tiempo. Has esperado pacientemente a que mi don falle.

—Tu don no ha fallado, amigo mío. Tu privilegio se limita a soñar tres días antes de tu muerte cómo será esta, a fin de evitarla. Tres días, tres sueños, tres oportunidades. Siempre has aprendido cómo evitarla. Tu don no ha fallado. Has tenido tus tres sueños, tus tres oportunidades y no las has aprovechado. El que ha fallado has sido tú.

Durante unos minutos solo se oyó el débil repiqueteo de alguna lejana fuga de agua.

—Tú te alegras —le dijo Wolff.

Su compañero le devolvió una mirada de resignada decepción.

—¿Te sería más fácil asumirlo si piensas que me alegro? Piénsalo si quieres, pero eso no lo convertirá en verdad. Yo no deseo tu muerte. Sencillamente, algún día tienes que morir. Es equilibrio. Ya has merecido morir muchas veces en el pasado, pero tu don te ha permitido sobrevivir más de lo que deberías.

—He sobrevivido porque estaba en mi mano sobrevivir; porque los dioses me otorgaron este don.

—No creo que debieras meter a los dioses en todo esto.

—¿Y quién si no me dio estos poderes? —le preguntó Wolff—. ¿Quién, sino los dioses? No hablaron; no había nada que decir. Finalmente, su compañero rompió el silencio.

—¿Cómo sucede? Aún no me lo has contado.

Wolff volvió a morderse las uñas, mientras miraba calculadoramente a su compañero de celda.

—¿De nuevo te deleitas?

—Es curiosidad —respondió este—. A fin de cuentas, ya no quedan más noches. No hay mucho que hacer salvo aguardar tu muerte. Conversar amenizará la espera.

—Sí, por supuesto —convino Wolff, irónicamente—. Pero ¿qué hay que contar? Vienen por la noche, me sacan a rastras de la mazmorra y me conducen por un pasillo hacia una sala despejada salvo por unos gruesos postes de hierro a los que me atan las manos por encima de la cabeza.

—Entiendo. Una sala de tortura.

—Después —continuó Wolff—, aparece el monstruo. Lo conozco muy bien. Ese hijo de puta me ha matado ya tres veces. Conozco su olor, su respiración. El sonido de sus pisadas por el suelo manchado de sangre seca. Se acerca a mí y sé que pronto comenzará la tortura. No tengo demasiado tiempo para lograr salvar la vida.

Wolff hizo una pausa, miró al techo y cerró los ojos, rememorando.

—Me pregunta dónde está la guarida; dónde se esconden los míos. Le miento. En cada sueño pruebo diferentes respuestas, diferentes mentiras, buscando que crea alguna. No lo hace. —Tragó

saliva y expulsó el aire de sus pulmones. Su voz se entrecortó—. Me golpea. Me hace daño. No deja de preguntarme por la guarida. Empieza a hacerme cortes y comienzo a sangrar. Tengo miedo.

Abrió los ojos y miró a su compañero de celda, que le observaba como hipnotizado.

—En los dos primeros sueños me mata sin más. En el tercero le cuento todo: que lo que estábamos viviendo era un sueño, que no era real, que tenía poderes... Ya sabes, toda la historia. Y como digo, o no me cree o no le importa. Simplemente levanta una porra enorme y me revienta la cabeza con ella.

—Lo siento mucho, amigo mío.

Wolff resopló y señaló a su compañero con un dedo acusador.

—Eres un hipócrita de mierda... —masculló Wolff—. Si estás deseando reírte, hazlo. No entiendo esa maldita actitud de compadecerme. Has ganado. Yo muero. He intentado salvarme tres veces en mis sueños y las tres veces acabo con la cabeza destrozada. La próxima vez no será un sueño y al morirme no despertaré.

—Pero...

—¡Ya está bien! Has ganado. Después de todos estos años, por fin me atraparás. Y ahora, por favor, déjame morir en paz.

Wolff le dio la espalda, se acurrucó en el lecho de paja y se dispuso a esperar su muerte. Pero no se le escapó, por el rabillo del ojo, la radiante sonrisa que mostró su compañero de celda.

Se despertó chillando y llorando.

Wolff tardó bastantes minutos en comprender que se había dormido y que todo había sido un sueño. Un cuarto sueño.

—Has vuelto a soñar —le dijo su compañero de celda. Ya no sonreía. Un cuarto sueño. Eso sí que era gracioso.

—Sí. Qué extraño.

—Muy extraño —confirmó su compañero con gesto serio.

Unos minutos de silencio después, su acompañante no pudo resistirse a la curiosidad.

—¿Y bien? —le inquirió—. ¿Has sobrevivido esta vez?

Wolff le miró detenidamente. Su compañero parecía muy preocupado.

—Sí —contestó.

La cara de su compañero se descompuso.

—Así que hallaste el modo.

—Eso parece —se limitó a decir Wolff mientras le daba la espalda y rebuscaba algo entre la paja del suelo.

—¡Mierda!

Furioso, su compañero de celda comenzó a deambular por el reducido espacio de la mazmorra. Su cuidada fachada de indiferencia se había roto definitivamente. Sus auténticos sentimientos se mostraban en todo su esplendor.

—¿Por qué?! ¿Por qué?! ¡Esta vez eras mío!

Haciendo caso omiso del enfado de su compañero, Wolff siguió buscando algo en el lecho de paja. Removerlo solo hizo que la pestilencia aumentase.

—Aquí está —murmuró Wolff, incorporándose.

Llevaba en la mano una piedra con forma puntiaguda, probablemente arrancada de las propias paredes de la mazmorra. Su compañero la miró fijamente.

—¿Y qué pretendes hacer con eso? —preguntó, rabioso—. ¿Matarme?

—¿Podría?

—No.

—Sí, claro que no.

Aun así, Wolff empuñó la piedra con fuerza. Tanto que se hincó las irregulares aristas y su mano empezó a sangrar.

—¿Sabes? —comenzó a decir Wolff mientras observaba absorto su puño sangrante—, llevo toda mi vida huyendo de ti. Como todos, supongo, aunque yo he tenido que soportarte muchos años a mi lado. Siempre deseando atraparme. ¿Es por mi don, verdad? Te enfurece no haberme llevado hace tiempo. Ahora parecía que por fin ibas a vencer y, de pronto, ¡un cuarto sueño! Y consigo salvarme.

—Es... frustrante —murmuró furioso su compañero de celda—. Pero tengo toda la eternidad para esperar tu muerte.

—Lo sé —replicó Wolff—. Lo curioso es que esta vez me he salvado de una forma muy concreta.

Al instante, el desencajado rostro de su compañero de celda se recompuso.

—¿Concreta, dices? —preguntó débilmente, quizás vislumbrando un atisbo de esperanza.

—Así es. Creía que no era un sueño, sino que era de verdad. Él estaba allí, torturándome... ¡Dioses! Qué fácil es morir cuando sabes que todo es un sueño y después despertarás. Pero en esta ocasión los golpes dolían más, la sangre era más roja. Sí; sé que era otro sueño. Pero yo pensaba que era la realidad. Pensaba que al morir no despertaría... — Wolff se quedó en silencio, reflexionando.

—Continua... —le instó ansiosamente el compañero de celda.

Wolff volvió a mirar su mano sangrante. Aún seguía apretando con fuerza la piedra.

—No sé por qué lo hice. Tenía mucho miedo. Y algo... algo dentro de mí me empujó a salvar el pellejo. Te juro, amiga mía, que pensaba que moriría. Y sin poder evitarlo...

—¿Sí...?

—Le dije al monstruo lo que quería oír. Le revelé el paradero de la guarida. Y entonces me dejó vivir.

Ahora su compañero de celda sonreía de nuevo.

—Interesante.

—Mucho —convino Wolff.

—Y tu mujer y tus hijas están allí. Vaya, vaya. Dime, ¿te arriesgarás a la tortura?

Como respuesta, Wolff se clavó con tanta fuerza la piedra en el cuello que incluso perdió el equilibrio. Al principio, permaneció en pie como pudo mientras la herida no dejaba de manar sangre, pero pronto terminó desplomándose sobre el suelo de la mazmorra. Respiró trabajosamente unos minutos buscando desesperadamente aire mientras sus pulmones se llenaban, poco a poco, de la sangre que tragaba. Murió después de una lenta agonía. Pero murió, al fin y al cabo.

Para entonces su compañero de celda volvía a lucir una sonrisa inmensa. Por fin podría llevárselo.

AL OTRO LADO DE LA LUNA

Elena Villar

Friedrich observaba con indiferencia una mesa de marquetería del siglo XVIII cuando oyó el timbre.

Un repartidor acababa de llamar a la puerta. Hubo un tiempo en que no habría sabido qué hacer, pero en aquel momento no tuvo ninguna duda. Su tío le había enseñado cómo recibir los pedidos.

—Buenos días. —Un hombre vestido con un mono azul se paró ante el mostrador—. ¿Es usted el señor Lieder?

—Sí ...digo, no. —Apenas podía salir de la modorra del sábado por la mañana trabajando. Ante la expresión de desconfianza del hombre se apresuró a añadir algo más—. El señor Lieder es mi tío, el dueño del anticuario. Ha salido un momento, pero quizá yo puedo ayudarlo.

—Traigo un pedido de diez bultos frágiles para el señor Lieder. Necesitaré una firma que confirme la entrega.

Friedrich firmó los papeles que le daba el hombre y le indicó dónde debía colocarlos.

—Debe tener cuidado con este.

La voz del hombre lo sobresalto. Se volvió para mirarlo.

—El remitente me indicó que se asegurasen de que no le diera la luz del sol directamente —añadió el hombre señalando con desgana uno de los bultos más grandes.

—Sí, sí, no se preocupe —le respondió el joven sin apenas prestarle atención—. Lo cubriré ahora mismo. ¿Ve los jarrones de porcelana pintados? Déjelo al fondo de ese pasillo, apoyado en la pared.

Cuando el hombre se marchó, Friedrich aprovechó para echar un vistazo al objeto en cuestión.

Al desembalarlo se sorprendió al encontrar un espejo antiguo del cuerpo entero. El marco era elaborado, pero tampoco tenía nada de particular.

Observó la luna con más atención. Tenía buen reflejo. Quizá fuese veneciana. Friedrich contempló su pelo rubio encrespado y sus ojos azules antes de taparlo precariamente con la lona.

Cuando volvía al mostrador, oyó la lona deslizarse hasta el suelo pero no se volvió para colocarla. Estaba demasiado cansado, ya lo haría luego.

Hacia media mañana entró un grupo de turistas. Se notaba que eran gente con dinero, pensó Friedrich mientras miraba como su tío se deshacía en atenciones con ellos.

Se disponía a una intensa sesión de caja, cuando la vio.

Una mujer joven y menuda miraba ensimismada los jarrones Ming. Su pelo negro y liso le caía en cascadas por los hombros.

Friedrich tragó saliva con dificultad. No sabía lo que era, pero había algo en aquella mujer que lo atraía como un imán. Necesitaba acercarse a ella, conocerla.

¿Conocerla? Esa chica le resultaba extrañamente familiar ¿Era alguien de la universidad?

¿Una compañera del colegio? Estaba seguro de no haberla visto nunca, pero al mismo tiempo sentía una extraña familiaridad hacia ella, como si la conociera de toda la vida. Friedrich se volvió disimuladamente para mirarla de nuevo. Se sorprendió al ver que ella también estaba mirándolo de reojo.

Cuando sus ojos se encontraron de nuevo, una sonrisa se dibujó en los labios de Friedrich que fue correspondida simultáneamente con otra de aquella mujer.

Miró a su tío y, aprovechando un momento de despiste, se escabulló desde detrás del mostrador antes de que lo pillase por banda y se acercó a la chica.

Ante su sorpresa, esta retrocedió hacia el fondo del pasillo. La luz que se filtraba por la ventana incidía de lleno en el espejo antiguo y en la mujer, dando un brillo peculiar a su pelo negro y liso como jirones de seda.

A medida que intentaba acercarse a ella, la mujer retrocedía aun más con una expresión de desconcierto dibujada en su rostro.

La sorpresa de Friedrich no era para menos. No entendía por qué ahora se alejaba.

¿Acaso había hecho algo que la hubiera molestado?

Cada vez aceleraba un poco más el paso, pero, a medida que lo hacía, la mujer parecía poner más empeño en alejarse de él.

Entonces chocó con algo duro y liso.

Tenía ante sí la superficie del gran espejo que habían traído esa mañana y frente a él estaba la mujer morena. Sólo que al otro lado de la luna.

Sus ojos negros se clavaban en los de él.

Friedrich alzó la mano y vio estupefacto como la mujer repetía sus movimientos de manera sincrónica.

De pronto la mujer al otro lado del espejo sonrió sin que Friedrich lo hiciera. En sus labios se mezclaban la suficiencia y un punto de malicia en una sonrisa que él no supo descifrar, pero que le formó un nudo en la garganta.

Los labios de la mujer se movieron en un susurro que nadie mas en la tienda pudo oír.

—*A nadie le suele gustar verse desde el otro lado.*

JUEGOS DE GUERRA

J.G.R. Norman

—*¡No digas tonterías!*

Soltó ella de nuevo, sin tan siquiera dignarse a mirar el fruto de su trabajo.

Hubo un tiempo en que no habría sabido qué hacer, pero en aquel momento no tuvo ninguna duda...

Le habría gustado responder, pero ya no quedaba tiempo para reproches.

El sol estaba muy alto cuando dejó dentro a su dama, se alejó y comenzó a inspeccionar el resultado de sus últimos esfuerzos. Y resultó que estaba bastante satisfecho con su trabajo. No estaba nada mal pese a que él, el único defensor de la plaza, no fuera un guerrero y a que todos sus arreglos pudieran parecer fruto de la improvisación. Al menos se consideraba un buen estratega y por eso aún albergaba una pequeña esperanza de lograr la victoria.

Bajo aquella luz abrasadora el castillo lucía imponente, casi bello, con sus muros dorados emergiendo desde un saliente en medio de las arenas adyacentes. Era una obra rotunda de aspecto inexpugnable, pero ya desde la lejanía se observaban los daños infligidos por los elementos. Todas sus torres parecían romas, como limadas hasta adquirir una forma redondeada y algunos lienzos de las murallas exhibían grietas muy reveladoras. Y a pesar de todo quedaba patente que la parte más débil de la construcción era su puerta principal. Su gran arco, excavado en la gruesa muralla, parecía querer derrumbarse al menor empujón. Todo daba una impresión de frágil dureza y sin embargo, los últimos improvisados refuerzos en el telón norte del muro sí habían logrado recuperar una apariencia bastante sólida, no como al sur, donde el foso excavado a toda prisa junto al muro medio hundido, seguramente no resultara bastante profundo como para detener por mucho tiempo el avance del enemigo.

De una u otra forma el castillo tenía que aguantar el esperado e inminente envite de los Señores de la Guerra del reino enemigo de Axulion. Por suerte no serían ellos, ni su guardia de élite, los primeros en alcanzar las primeras defensas, sino los repugnantes goblins que casi siempre formaban la vanguardia de su ejército, mucho más famosos por el desorden en sus filas y por lo escandaloso de sus incursiones que por su disciplina o inteligencia táctica.

Sin duda, muchos de ellos caerían antes siquiera de alcanzar a divisar la más externa de las murallas de la fortaleza. Todo les parecería tranquilo hasta que se toparan con las primeras trampas que rodeaban la extensa explanada más allá del muro exterior. Multitud de aquellos detestables seres morirían ensartados en las picas del fondo de alguno de los agujeros, como el que todavía en

aquellos momentos se esforzó en terminar de ocultar. Otros se amontonarían en los que no tenían picas, donde se romperían los huesos al caer y quedarían incapacitados para continuar luchando. Pero todavía habría unos pocos supervivientes a los que machacar usando los enormes rulos de arena prensada que había preparado en lo alto de la colina. Con suerte, después de todo esto no sobrevivirían demasiados para enfrentarse al bajo y desgastado muro exterior.

Tenía la esperanza de que todos esos obstáculos fueran efectivos durante un rato, pero después de la sorpresa inicial, no supondrían demasiado problema para los que vinieran detrás.

Con toda seguridad los Grandes Señores reservarían para el final a los pocos servidores humanos que les seguían, y tampoco sus temibles soldados troll podrían actuar hasta bien entrada la noche, así que era de esperar que los siguientes en intentar la toma del castillo fueran algunos de sus renombrados escuadrones de alabarderos orcos, seguidos por las máquinas de asedio y por los mortíferos arqueros elfos de los bosques de Axulion.

De haber contado con la guarnición completa del castillo, todos estos visitantes indeseados habrían sido gentilmente recibidos por una lluvia de proyectiles ardientes y dardos envenenados, que habrían diezmando sus filas. Pero ese día el Baluarte de las Arenas sólo contaría con un defensor, así que tendría que recurrir a la astucia para tratar de contener a la marabunta.

Para ello había pensado en servirse de los mismos túneles que otros enemigos habían construido antaño durante otros asedios. Permitiría que los nuevos atacantes avanzaran entre los cadáveres de sus predecesores y les dejaría escalar sin impedimento las endeble almenas de la pared exterior. Pero justo cuando muchos de ellos se encontraran celebrando su pequeña conquista encaramados en lo más alto, encendería las teas para dar inicio a la reacción en cadena que haría colapsar la estructura de túneles subterráneos y demolería por completo el murete.

De este modo sacrificaría la mayor parte de sus defensas exteriores de un solo plumazo, pero también esperaba hacer mella en las huestes enemigas y contaba con dejar un enorme surco repleto de rocas y cuerpos, por donde las máquinas de guerra no podrían transitar en mucho tiempo.

A esas alturas del asalto, los Señores de la Guerra de Axulion habrían comenzado a tomarse más en serio las defensas de aquella fortaleza y su estrategia cambiaría.

De haberse tratado de cualquier otra unidad quizás algún práctico capitán no hubiera querido arriesgar más huestes, y hubiera decidido dar la vuelta y retirar sus ejércitos por el mismo camino que los hubiera traído hasta allí. Pero la amenaza de los Señores de Axulion siempre era diferente a la del resto de ejércitos. Diferente y mucho más temible. Ellos no se rendían jamás y aquellos habitantes de las plazas fuertes que se les resistían, tarde o temprano acababan pagando su tenacidad con sus vidas. Además no les preocuparía el elevado número de bajas que sin duda sufrirían. Su poderío les llegaba desde más allá de la calidad o el número de sus soldados. Ellos también contaban una pareja de dragones. Y con magia...

No eran los únicos capaces de modificar la realidad a su voluntad, pero sí era conocida su extrema habilidad en las artes arcanas y por esa razón, antes que a su poderosa caballería pesada — que sería casi la última en entrar en combate para barrer los últimos rescoldos de resistencia— o a

sus horribles caballeros fantasma, temía a los extraños ancianos que solían permanecer sentados cerca de los capitanes, los mismos que pasarían a la acción, moviéndose con la agilidad de un colegial si la situación dejaba de serles propicia.

Los sólidos muros de las defensas de la ciudadela aguantarían bastante tiempo sus ataques mágicos. Las bolas de fuego sólo cristalizarían el componente arenoso del baluarte, volviéndolo incluso más duro e impenetrable. La dichosa puerta no aguantaría tanto. Y por eso, todavía quedaba por amontonar todos los cascotes y la arena disponible bajo el arco. Después de eso sólo tendría que esperar, oculto tras los escombros, pero dejando que los archimagos le vieran, hasta conseguir que alguno de ellos se aventurara a intentar un ataque contra él. En ese hipotético ataque se basaban muchas de sus esperanzas para continuar manteniendo a raya el cerco. Sabía que tarde o temprano se cansarían de malgastar su poder causando ineficaces temblores o lanzando fuego contra los muros. Al final, alguno de ellos querría demostrar un poder mucho mayor contra los defensores. Y a esa distancia sólo podría hacerlo mediante el dominio del rayo.

Pero el único defensor estaría muy atento al momento en que surgieran las primeras chispas entre los dedos de los viejos. Justo para entonces les tenía preparada otra sorpresa en forma de torrente. No sería un caudal demasiado impresionante, pero el agua acumulada en los enormes aljibes, liberada de golpe por sus desagües, bastaría para formar una corriente suficiente para mojar todo el espacio entre las murallas y el muro exterior.

Los hechiceros no tendrían tiempo suficiente para reaccionar cancelando sus hechizos y el poder del rayo generado por ellos mismos saltaría libremente al agua y desde allí hasta uno y otro cuerpo mojado, hasta consumirlos todos, junto a cualquiera que hubiera sobrevivido al resto de las defensas.

Tras esa última artimaña gran parte del ejército enemigo habría caído y la temible caballería no podría actuar en un terreno tan enfangado y con los muros principales casi intactos. Pero la batalla todavía no estaría ganada.

A esas alturas de la contienda los capitanes de las tropas enemigas ya serían conscientes de que no se enfrentaban a una guarnición numerosa. Sería posible hasta que supieran que un único héroe era quien se encargaba de defender a su dama en la plaza fuerte. O tal vez no sospecharan nada. En realidad no importaba demasiado lo que supieran, porque pensarán lo que pensarán, en aquellos instantes ya estarían muy enfadados y clamarían por conseguir una venganza rápida y efectiva.

Lo que estaría por llegar supondría el envite definitivo. Al fin habría llegado la hora de la última de las batallas. Entonces, sólo con una buena cantidad de suerte y con ayuda de la poca magia que consiguiera desatar podría soportar la postrimera irrupción de los dragones. Casi podía ver sus siluetas acercándose en el horizonte...

—¡No tomaréis este castillo!—se le escapó.

—¡No digas tonterías y madura, qué ya tienes treinta y ocho años!

Anda... deja ya de jugar con la arena y vámonos a comer. Mañana volveremos a la playa.

EL KAIJU

Xuan Folguera

El cartero se acercó de puntillas hasta el cráter del volcán, dejó la carta sobre una piedra y se marchó corriendo. Al fin y al cabo, en eso consistía su trabajo: en entregar cartas. Hubo un tiempo en que no habría sabido qué hacer, pero en aquel momento no tuvo ninguna duda. Que se la leyera otro al Kaiju, pensó. Por el remitente, seguro que era otra carta de rechazo y, desde luego, no le apetecía lo más mínimo escuchar sus lamentos.

Aunque su madre no lo entendiera.

—Es tu obligación. Eres un empleado público y como empleado público te debes a los ciudadanos que te han asignado —le decía siempre que se quejaba.

—Ya, pero el Kaiju, no sé yo muy bien si es un ciudadano.

—No te parece nada a tu difunto padre. Durante años no le he escuchado ni una sola queja.

—Ya, pero él no trabajaba en esta isla.

—El trabajo de cartero es trabajo de cartero aquí y en el continente. Y si no te gusta, haberte aplicado más cuando preparabas las oposiciones en lugar de ver tanta película. Seguro que habrías sacado mejor nota y la Compañía te habría dado a elegir otro destino.

Quizá no debería haber dejado la carta encima de aquella piedra, pensó el cartero mientras bajaba del cráter. ¿Qué pasaría si de pronto se pusiera a soplar el viento y la arrojaba hasta la lava? ¿Cómo reaccionaría el Kaiju? La verdad es que hasta entonces nunca se había portado mal con ellos. Sí, era cierto. No tenía un aspecto demasiado amigable. Parecía más bien una especie de dinosaurio, con la piel rugosa y gruesa de un color gris sucio. Aunque lo que más miedo le daba al cartero eran las pezuñas, sus afiladas aletas dorsales y, por supuesto, la cola. Seguro que si se lo proponía era capaz de derribar su casa con un solo golpe de su cola.

Recordaba vagamente las películas de monstruos en blanco y negro que había visto de niño, en las que Kaijus como el que vivía en aquella isla sembraban el terror en el continente. Algunos tenían incluso una especie de aliento atómico. Por suerte para ellos, su Kaiju sólo sufría de un pequeño problema de halitosis.

—¿Le has entregado la carta? —le preguntó su madre cuando lo vio entrar en casa.

—No estaba en el cráter.

—¿Y dónde había ido?

—Yo que sé. Habría ido a pescar o a cazar o a donde quiera que vayan los Kaijus cuando están solos.

El cartero miró por la ventana. El cráter humeaba un poco. Los vulcanólogos que mensualmente venían a examinarlo afirmaban que el volcán se encontraba en una situación estacionaria. Era lo que llamaban una meseta de baja intensidad. Le aseguraron que el volcán llevaba años así, por lo menos, desde que dejaron de usar la isla como centro de pruebas nucleares, como si, en realidad, la propia isla añorara los bombazos.

Con el *boom* inmobiliario, habían calificado a la isla como terreno urbanizable. Durante meses construyeron decenas de urbanizaciones, un par de hoteles y un centro comercial con cine al aire libre, pero, por culpa de la crisis del ladrillo, al final no había venido nadie. Bueno, excepto ellos dos: un simple cartero, que acababa de aprobar las oposiciones y su madre.

Cuando anocheció se acostó a dormir. Aquella noche soñó con dos hongos radiactivos que flotaban sobre la isla y que acariciaba con las manos.

Le despertaron unos pasos y un rugido.

—Es el Kaiju —gritó su madre desde la otra habitación—. Seguro que ha venido para que le leas la carta.

—Pues, yo no pienso leérsela.

—Tú padre seguro que ahora mismo se está revolviendo en la tumba al oírte decir esa tontería.

Siempre el mismo chantaje: su padre. Su padre. Su padre. Y después vendría aquello de que era un miembro de la Compañía y como miembro de la Compañía, blablablá.

—O acaso pretendes que salga yo, con el frío que hace afuera y lo que sufro de artrosis.

—Está bien.

El cartero se incorporó y salió a la calle en pijama. El kaiju había traído la carta en sus mandíbulas y, al verlo en la puerta, la dejó caer. La carta planeó como una hoja en otoño y el cartero se movió unos pasos en su busca. Por suerte no había demasiado viento y no tuvo que ir demasiado lejos. El único problema era que la carta estaba manchada de babas. Aún así, la cogió con un poco de asco y la limpió con el faldón de la chaqueta de su pijama. Después rompió el sobre con un dedo y leyó la carta en voz alta:

Estimado Señor:

Lo sentimos, pero en este momento su perfil no es el que andamos buscando. No obstante, agradecemos su interés por nuestros estudios e incorporamos su currículum a nuestra base de datos.

Más o menos todas venían a decir lo mismo. Todas eran cartas tipo que contestaban a las cartas tipo de presentación que acompañaban a los currículos que, en nombre del Kaiju, había redactado y remitido a todos los estudios cinematográficos que encontró por internet. Aunque, por desgracia, siempre sin éxito. A nadie le interesan ya los Kaijus. A nadie le interesaban ya los monstruos del cine. Ahora lo que estaba de moda eran zombis estúpidos o vampiros cursis que se enamoraban de

animadoras de instituto. Sin embargo, no sabía cómo explicárselo al Kaiju sin ofenderle ni hacerle sentirse mal.

Cuando terminó de leerle la carta, el Kaiju rugió y se marchó cabizbajo. Estaba ya amaneciendo y el cartero lo siguió, para intentar consolarle, pero el monstruo no parecía tener ya consuelo alguno. Aplastó con sus pezuñas unas cuantas casas de la urbanización vacía y continuó andando hasta el mar. Hasta, por lo menos, un par de millas de distancia de la costa, el agua no comenzó a cubrirle. El cartero vio cómo de un manotazo el Kaiju partía por la mitad a un petrolero con el que se cruzó. Después lo vio desaparecer en el horizonte, aunque suponía a dónde se dirigía.

Se sentó en el sofá, apoyó los pies en la mesita de centro y encendió la tele con el mando a distancia. Por la mañana la programación era desastrosa: teletienda, música para marujas, programas del corazón y consejos para mantenerse siempre joven. Por suerte, sabía que, por la velocidad que podía alcanzar el Kaiju dentro del agua, no tardaría demasiado en llegar al continente.

Casi media hora después de encender la tele, interrumpieron la programación. Emisión especial desde la capital del continente. Tenemos las primeras imágenes. Ahí estaba el Kaiju, frente a un tanque que segundos después aplastó de un pisotón. Los obuses de la artillería no parecían hacerle nada y suponía que las continuas ráfagas de las ametralladoras no le harían ni cosquillas. Los helicópteros que volaban frente a él los apartaba de un manotazo.

Seguro que el Kaiju era feliz, pensó el cartero. Seguro que ahora se sentía cómo cuando era el protagonista de aquellas viejas películas en blanco y negro. ¡Qué gran actor están desperdiciando los estudios!

—Venga, Kaiju, demuestra a esos malditos guardias todo lo que vales.

LA INSPIRACIÓN ES RELATIVA

Pablo Loperena

Albert cerró el grueso libro forrado en cuero con frustración y dejó la pluma en el tintero. Tras respirar con fuerza para tratar de calmarse, repasó sus notas una vez más sin suerte. Hubo un tiempo en que no habría sabido qué hacer, pero en aquel momento no tuvo ninguna duda. Cada vez que se atascaba en un problema sin solución, se iba a dar de comer a las palomas.

Un breve vistazo por la ventana le confirmó que aquella no era la tarde más agradable para un paseo, pero aun así ordenó su escritorio y se puso el abrigo de paño gris que le había regalado su madre. Después de cerrar con cuidado la puerta de su despacho, fue hasta la cocina, en donde se despidió de su esposa, que estaba horneando uno de sus famosos bizcochos de frambuesa. Le dio un beso en la mejilla y salió a la calle con un mendrugo bajo el brazo.

Cruzó la ciudad a medio trote, callejeando con soltura de inmigrante entre los vetustos edificios de piedra gris y techo afilado, hasta que sus pies dejaron atrás el adoquín y le llevaron por el parque, momento en que relajó el paso. El viento de otoño arrastraba las hojas secas en remolino y se le metía por el cuello de la camisa, mientras recorría los senderos de tierra entre estatuas deterioradas y jardines de árboles marchitos.

Albert se sentó en su banco favorito, frente a una fuente con la efigie de una doncella, o puede que una antigua diosa griega. Desmigajó el pan duro y dejó que su mente divagara al arrullo de pájaro hambriento.

Los días eran cada vez más frescos y el cielo presentaba un desapacible tono plumizo, pero los habitantes de Berna estaban acostumbrados al mal tiempo y no se resignaban a permanecer en casa. Observó a dos niños que jugaban con una enorme pelota, hasta que se perdieron entre los parterres. Una joven dama aprovechaba la excusa del frío para apretarse contra su estoico caballero de elegante levita, que caminaba erguido desafiando a los elementos. Por detrás de un arbusto apareció la Vieja María, una conocida mendiga medio loca, originaria de algún país del sur de Europa. Sus ojos inquietos nunca descansaban, se movían constantemente como si tuvieran que verlo todo, incluso lo que no estaba ahí.

Como era habitual, se acercó para preguntarle si llevaba algo suelto, y Albert le dio un franco que tenía en el bolsillo.

—Siempre que me encuentro con su cuerpo en este banco, su cabeza está perdida en mundos que solo usted comprende —dijo sin mediar palabra, en un alemán impecable—. Pero hoy es diferente.

Albert se sorprendió por esa muestra de perspicacia, debido a que contrastaba con su aspecto desarrapado.

—Cierto. Distraerme en cosas cotidianas suele conseguir que la solución que busco aparezca por sí sola. Pero en esta ocasión me enfrento a un asunto particularmente difícil.

La Vieja María se sentó junto a él sin ser invitada. Las hojas de periódico que llevaba dentro del abrigo para protegerse del frío crujieron bajo su peso.

—Bueno, yo llevo siglos resolviendo misterios y usted ya me ha pagado. Seguro que puedo ayudarle.

—¿Siglos? —Albert intentó ocultar una sonrisa en vano.

—Sí, muchacho. En cierto punto de mi vida, dejé de verle sentido a seguir envejeciendo.

Albert carraspeó, incapaz de averiguar cómo quitársela de encima sin ofenderla. Su aliento acre era tan intenso que se le humedecían los ojos.

—Muchas gracias por su ofrecimiento, señora, pero me temo que esta cuestión queda un poco lejos de... su campo.

La Vieja María enarcó una ceja indignada, con sus ojos todavía bailando de un lado a otro.

—En mil seiscientos diez escapé del auto de fe de Logroño por el que muchas de mis vecinas y amigas ardieron en la hoguera. Pasé a ser prófuga y hereje, después de haber sido considerada una mujer santa, aunque de una religión diferente. Desde entonces he visto muchas cosas, chiquillo. Fui testigo de cómo el mundo perdía sus zonas blandas sin cartografiar, de cómo las quimeras cedían su lugar en el mapa a la razón. Vi imperios alzarse y caer derribados, para renacer de nuevo con otra cara, de otra guisa, en un ciclo sin final. He presenciado los actos más abominables de los que es capaz el ser humano y también los más sublimes. Mi... *campo*, como tú dices, va más allá de lo que puedas imaginar.

Albert la miró con la boca abierta, sin saber si sentirse confuso o asustado. Antes de que pudiera reaccionar, la Vieja María le cogió la muñeca entre sus manos roñosas, le escupió en la palma y frotó la saliva con aspereza.

—Veo en ti la promesa de una grandeza mayor que la de cualquier hombre que haya pisado este mundo. Pero también una oscura amenaza.

—Se equivoca conmigo, señora. Yo no tengo nada, no soy nadie. Solo un oficinista con una vida modesta.

Albert trató de soltarse, pero era como estar preso de un cepo. La brisa le llevaba el olor de la Vieja María a ráfagas; por debajo de la halitosis, apestaba a orín de gato.

—Un oficinista gris de grandes sueños —dijo ella y, más rápido que la vista, le soltó para agarrar a una de las palomas. Ante el pasmo de Albert, le retorció el pescuezo y le abrió las entrañas con la tapa afilada de una lata, que sacó del bolso. Se inclinó sobre el suelo y desparramó sus órganos siguiendo un patrón muy concreto. Los estudió con cuidado, como si estuviera leyendo, y muy despacio, con deleite, se chupó la sangre de los dedos.

Albert se tapó la boca con las manos; todos sus pensamientos volcados en no vomitar. Mareado, a medio camino de un sueño, se fijó en una joven madre que empujaba un carrito de bebé. Más allá, un anciano caminaba encorvado contra el viento, su nariz ganchuda asomaba entre la bufanda y el sombrero como la quilla de un barco rompiendo las olas. Ninguno parecía consciente del repugnante espectáculo que se desarrollaba a sus pies. Debían estar disimulando, igual que se ignora a un loco o a un pordiosero. ¿O había algo más?

Los ojos de la Vieja María giraron hacia arriba hasta volverse blancos, como si tratara de mirarse el cerebro. Los labios se retrajeron, dejando al descubierto unas encías de un rojo encarnado como de herida abierta. Su cara se fracturó en incontables líneas de expresión; parecía el mismo rostro del Tiempo.

—¡El año de los milagros! —gritó de pronto—. Sueños hechos realidad, cuatro ideas que cambian este mundo... Pero, ¡cuidado! Una oleada de sangre anega Europa, abriendo el paso a los enemigos... —Su voz ronca y susurrante formaba un eco apagado en el interior del cráneo, reverberando desde más allá de su garganta—. Estrellas al lado del corazón, otro pueblo condenado, libros quemados y cristales rotos, cenizas con olor a grasa cubriendo los cielos... —La Vieja María agarró a Albert por la pechera. Sus palabras subieron una octava de desesperación, por entre sus escasos dientes amarillos salpicaba esputos atormentados—. La cruz torcida, la reversa viene a buscarte, pajarito... Vuela, atraviesa las aguas antes de que sea demasiado tarde... Antes de que te ahogues en la segunda oleada, la que rebasará estas tierras y cubrirá el mundo.

La Vieja María arqueó la espalda hacia atrás como si fuera una vara a punto de romperse y comenzó a soltar espumarajos por la boca. Su cuerpo se deslizó por el banco y cayó al suelo entre terribles convulsiones.

Albert salió de su estupor y se levantó de un salto. Su primer instinto fue huir corriendo, pero al verla revolcándose por la tierra del parque se apiadó de ella. Apelando a sus pocos conocimientos en la materia, buscó un palo y se arrodilló a su lado. Le abrió la mandíbula a la fuerza, le puso la madera entre los dientes para que no se mordiera la lengua y le empujó los hombros hacia el suelo, apoyando su peso sobre ellos.

Su vista recayó por casualidad en los restos de paloma eviscerada. El sol se había hecho un hueco entre las nubes y la luz del atardecer incidía sobre ellos, formando una imagen extrañamente familiar. La figura que había trazado la anciana con las entrañas se armonizaba con sus propias sombras alargadas, esbozando lo que, a ojos de Albert, parecían complejos diagramas matemáticos.

—La luz... —susurró—. El secreto está en la luz... —Y la Historia casi pudo oír el “clic” de los engranajes encajando dentro de su cabeza.

Como sus manos ya no encontraban ninguna resistencia, se le fueron de un modo inconsciente a la cara, y Albert descubrió con sorpresa que la tenía empapada en lágrimas. Se sentó en el suelo como un niño y, atontado, con movimientos torpes, buscó la libreta que siempre llevaba en el bolsillo interior del abrigo. Allí mismo, presa de un frenesí incontrolable, empezó a desarrollar la

solución al problema que le había agobiado durante los últimos meses, sentando las bases de cuatro teorías que un año después sacudirían el mundo.

—Adiós, señor Einstein. No volveremos a encontrarnos —se escuchó la voz de la Vieja María llevada por el viento.

Pero la concentración de Albert estaba comprometida con el reino de las ideas. Su lapicero volaba de página en página, dejando en su estela hipótesis, fórmulas matemáticas, gráficos, corolarios, y algún que otro borrón, mientras farfullaba cosas como “ahora todo tiene sentido” o “no puedo olvidarme de nada” e incluso “ojalá mi mujer estuviera aquí, a ella sí que se le dan bien estas cosas”.

El pensamiento tuvo que abrirse paso entre la maraña de especulaciones, reflexiones y conclusiones que llenaban su cerebro; hay quien diría que fue un duro camino desde el subconsciente hasta el lóbulo frontal. Pero cuando al fin lo consiguió, Albert dijo casi para sí:

—¿Cómo sabe mi nombre?

Al levantar la vista, reparó en que varios curiosos se habían acercado para observar, con una mezcla de asco y morbosa desaprobación, cómo escribía en el suelo, manchado de tierra junto al cadáver desparramado de una paloma. De la Vieja María no quedaba ni rastro.